

De repente comienza el asesinato de los latinos destinados en el imperio; son derribadas sus banderas, y reemplazadas por las de los búlgaros. Reune Balduino sus fuerzas, y marchando contra el enemigo le sitia en Andrinópolis, cuyas murallas estaban en buen estado de defensa. Adelántase Joanice contra él, y la bandera de San Pedro que le ha dado el pontífice, ondea en frente de la cruz de los latinos, guiando hordas de comanos, nacion feroz que sacrificaba á los cristianos en los altares, y de los tártaros de veloces corceles, que peleaban huyendo. Vencidos los francos, perecen los más valientes. Balduino queda prisionero entre los búlgaros, que le dan muerte al año siguiente; y los griegos se regocujan al ver á sus vencedores arrollados por todas partes. Veinte mil armenios que habian tomado parte con los cruzados, fueron muertos. El feroz búlgaro lleva igualmente la desolacion á todas partes, amigos ó enemigos. Pronto se ven los griegos obligados á implorar el socorro de los latinos; algunas ciudades se rebelan, son asolados los campos, y Joanice concluye una alianza con Láscaris, enemigo irreconciliable de los cruzados.

Esparcióse la noticia de que Balduino habia perecido; pero nadie podia decir de qué modo. Sin embargo, veinte años despues, un anciano se presentó á Juana, condesa de Flandes, su hija, dándose por padre suyo. Ella no le reconoció; pero el pueblo procedió de otra manera; así fué que tuvo que refugiarse al lado de Luis VIII, rey de Francia, que la volvió á llevar con su ejército. Como el anciano no pudo contestar á algunas de sus preguntas, le trató de impostor, y le hizo desaparecer; lo que le valió ser tenida por el pueblo como parricida.

Tambien habia muerto Enrique Dándolo, despues de haber visto la rápida decadencia del imperio; sucedió Enrique de Hainaut á su hermano Balduino (1206), en medio de desastrosas circunstancias, y de una doble guerra que sostener con los griegos de Asia y los búlgaros de Europa.

La cuarta cruzada, que tuvo por móvil, no ya el entusiasmo religioso, sino el espíritu caballeresco, la sed de conquistas y de botin, no presenta los prodigios que señalaron á las demas. El pontífice y sus legados, son mucho

ménos obedecidos que los jefes. Jerusalem está en boca de todos, pero nadie da un paso para libertarla. Saben los cruzados que están en entredicho, y no dejan de continuar en su empresa; en fin, su conquista viene á parar en mostrar á los bárbaros que la barrera que les han opuesto hasta entonces las murallas de Bizancio no era insuperable. Sólo Venecia se aprovechó de ella. Más ilustrada que la demas llevó obras maestras del arte, y como no estaba regida feudalmente, las conquistas de cada uno de los suyos se volvieron en ventaja del Estado; aumentóse su crédito, y conservó los países que convenian á su comercio. Permitted á algunos de sus ciudadanos someter las islas del Archipiélago, y poseerlas en calidad de vasallos.

Mientras pasaban estas cosas, los estados de la Palestina despues de haber sufrido los horrores del hambre, de la peste y de los temblores de tierra, quedaban continuamente con temor de las incursiones al descubierto, ó de los puñales de los asesinos que herian en la sombra. Despues de la muerte de Amalrico, rey titular de Jerusalem, una doncella, nacida de Isabel y de Conrado, marqués de Tiro, se encontró heredera de sus derechos; y para reducirlos á hecho por medio de los socorros de Occidente, le buscaron un esposo en Europa. Felipe Augusto propuso á Juan de Briena, que educado en una familia guerrera, no habia podido acostumbrarse al claustro, de donde habia salido para cubrirse de gloria. Aceptó con alegría el título de rey de Jerusalem, que prometia más fatigas que honor procuraba, y prometió ir á recibirlo con un ejército. Alentados los cristianos de Palestina con esta esperanza, se negaron á la proposicion hecha por Malek-Adel de renovar la tregua; pero Briena no pudo reunir más de trescientos caballeros, y hasta las mismas fiestas de su coronacion no se pasaron sin temor de alguna incursion de Malek-Adel. En vano Briena desplegó mucho valor: sin recursos y reducido solamente á Tolemaida, pidió socorro á Europa; no cesaba Inocencio de predicar con este objeto; pero muchos intereses extraños á la Tierra Santa ocupaban entonces al Occidente.

Pareció que el ardor que se habia apagado en los hombres se habia reanimado en los ni-

ños (1512). Se vió á una multitud de cincuenta mil cruzarse, tanto en Francia como en Alemania, y salir gritando: ¡Jesus, Jesus, devolvednos nuestra cruz! Se habia anunciado á estos desgraciados tal sequía, que la marse agotaria, y nada pudo detenerlos. Pasaron los Alpes, contestando á los que les preguntaban, dónde iban: *Vamos á libertar el sepulcro del Salvador*; pero llegados á Italia, sucumbieron de fatiga. Treinta mil de ellos que habian pasado por Marsella, cayeron en poder de los mercaderes de esclavos que los vendieron en Africa.

Cuando Inocencio supo este desastre, exclamó: *Los niños son un cargo para nosotros que dormimos, al paso que desafian todo peligro para correr á la Tierra Santa*. No descuidó el santo padre ningun medio para despertar la Europa: escribió al sultan del Cairo para invitarle á ceder á los fieles la ciudad santa, anunciándole que habia llegado el dia en que Dios, apaciguado, la volveria á los que la habian perdido á causa de sus pecados. Legados y obispos recorrian toda la Europa; principalmente el cardenal Courzon iba dando la cruz á todos los que la pedian; niños, ancianos, tullidos y ciegos. Fué segundado por Santiago de Vitry; la extension de su saber hizo que le pidieran por obispo los fieles de Tolemaida.

En Francia, Felipe Augusto destinó á los gastos de la cruzada la cuadragésima parte de sus rentas alodiales; en Inglaterra, Juan sin Tierra tomó la cruz, aunque sin intencion de pasar á Ultramar. Federico II siguió su ejemplo. El papa usó de los razonamientos y elocuencia en un concilio ecuménico, donde habian acudido prelados y señores de todos los países del mundo; pero debia tratarse allí de cosas de mayor urgencia. Se mandó colocar cepillos en todas las iglesias para recibir las limosnas de los fieles. El clero tuvo que contribuir con la vigésima parte de sus rentas; el papa y sus cardenales se impusieron la décima parte. Una paz de cuatro años se proclamó entre los príncipes, y la excomunion fué pronunciada contra los corsarios que molestaran á los peregrinos en la travesía; se comprometió el papa á proporcionar tres mil marcos de plata y cierto número de barcos de transporte. Pusieron en camino los predicadores, prohibiendo los bailes, los torneos, los juegos públicos,

y exhortando en las córtes y plazas públicas á los fieles á tomar la cruz. Pareció despertarse el antiguo fervor; volvieron á aparecer los milagros; los trovadores cesaron de cantar los amores para hacer resonar el grito de guerra. Los cruzados se disponian á seguir á Inocencio, que habia prometido guiarlos en persona; pero en medio de los preparativos, llegó á morir, y con él se desvaneció esta expedicion embarazada por tantas vicisitudes.

## CAPITULO VII

## Sexta Cruzada

Honorio III, á quien designaron por sucesor (1216), se apresuró desde el dia siguiente de su exaltacion al trono pontifical, á escribir á los cristianos de Siria que continuaria la obra de Inocencio III. Al mismo tiempo exhortó á los obispos á predicar la guerra santa, y á los príncipes á hacer las paces, á fin de poder dirigir la empresa. Pero Francia é Inglaterra continuaban sus hostilidades; Federico II no sabia más que prometer y retractarse de sus promesas, aunque se mostraban propicios á la expedicion los prelados y los señores de Alemania. Especialmente Andrés II de Hungría, que habia jurado á su padre cumplir el voto que este rey habia hecho en su lecho de muerte, tomó la cruz y se dispuso á partir, á pesar de las disensiones suscitadas en sus estados por las intrigas de su mujer Gertrudis; mandó tambien predicar la cruzada en los países recién convertidos, de donde acudieron á alistarse bajo sus banderas fervorosos reclutas.

Habiéndose puesto al fin en camino en compañía de los duques de Baviera y de Austria y de muchos señores y prelados alemanes, llegó á Espalatro, desde donde las naves de Venecia, de Zara y de Ancona les trasladaron á Chipre. Incorporáronseles en aquel punto otros cruzados procedentes de Brindis, de Génova, de Marsella; y habiéndose unido á ellos Lusignan, rey de Chipre, se encaminaron todos hácia Tolemaida.

A la llegada de este ejército se regocijaron los cristianos y se asustaron los musulmanes; pero en breve faltaron los víveres, y la necesidad obligó á los cruzados á dedicarse al mero deo. A fin de evitar estragos en las tierras de los cristianos, fueron guiados por Juan de

Briena, rey de Jerusalem, y por los reyes de Chipre y de Hungría. Precedidos por la cruz y cantando himnos, cruzaron la Palestina hasta el Jordan; luego las llanuras de Jericó y las riberas de Jenezaret, haciendo prisioneros y botín, aunque eludiendo presentar batalla.

Malek-Adel había renunciado espontáneamente á un reino adquirido por desmanes; había cedido el Cairo á Melek-Kamel, su hijo mayor; Damasco á Coradino (*Cherif-Eddyn*); Baalbek, Bosra y otros principados á sus demás hijos, no reservándose más que la autoridad suprema, que bastaba para hacer que se le considerara como sosten del islamismo en aquellas comarcas. Previendo que los cristianos no permanecerían largo tiempo acordes, prohibió que se les inquietara, y quiso únicamente que los musulmanes se fortificaran en las inmediaciones del monte Tabor. Llegaron los cristianos á atacarles en sus trincheras con el valor más denodado, y á pesar de las dificultades, alentándoles á ello el patriarca y los recuerdos que iban unidos á aquel santo monte; pero tardaron poco en ser puestos en derrota, siendo la principal causa de ella la indisciplina y las rivalidades.

Entonces estallan las malas pasiones; el patriarca declara que en lo sucesivo se abstendrá de llevar el madero de la cruz á los combates; acúsanse unos á otros, y los cruzados acaban por dividirse en cuatro cuerpos, á fin de manobrar separadamente y de proporcionarse víveres. En esto muere el rey de Chipre. El de Hungría recibe de su país alarmantes noticias y apresura su vuelta, sin haber sacado de su viaje más provecho que una gran provision de reliquias, á las cuales se atribuyó el mérito de haber aplacado las disensiones de su reino.

A este tiempo llegaron de la Frisia y del Rin nuevos cruzados que, después de haber ayudado á las victorias conseguidas en Portugal por los españoles y de haberse reunido á otros cruzados de Holanda, de Francia y de Italia, llevaban consigo el aliento que infunde la victoria y la fé en los milagros. Animados por su ardor Leopoldo de Austria, Othon de Merania, y otros señores y prelados alemanes, que habían quedado en Palestina, se decidieron á atacar á Egipto y desembarcaron en Damietta. Estimulaba á los cruzados la fecundidad del

país, que había reparado las pérdidas de las guerras precedentes. Después de haber dirigido contra una torre que cerraba la entrada del Nilo, muchos asaltos sangrientos, que hacían poco eficaces la falta de concierto, cayó al fin en poder de ellos, merced al auxilio de máquinas poderosas; y Malek-Adel pudo saber antes de espirar, como había caído por tierra el baluarte de Egipto.

Cuando Malek-Kamel vió á los cristianos dueños de aqueña fortaleza principal de los Ayubitas, les hizo proposiciones, ofreciéndoles hasta la restitucion de Jerusalem; pero el cardenal Pelagio, que gozaba de plena autoridad sobre los cruzados y quería ejercerla, no permitió que fueran aceptadas.

A la faz del peligro se reunieron los príncipes musulmanes; reclutaron sus ejércitos, aumentaron el número de sus fortalezas, desmantelaron á Jerusalem y todas las pequeñas plazas de las costas de Siria. Durante este tiempo las enfermedades contagiosas mermaban las filas de los cristianos; muchos de ellos tomaban la vuelta de sus hogares. Las pretensiones del legado Pelagio mantenían el germen de la discordia; los egipcios embarazaban las marchas é inquietaban los cuarteles, haciendo que se desbordaran las aguas del Nilo; y al mismo tiempo la aparición amenazadora de los tártaros en otros puntos impedía reconcentrar las fuerzas por aquel lado.

A pesar de todo, los cristianos se apoderaron de Damietta el 5 de Noviembre de 1219, y no encontraron allí más que pestilentes cadáveres é inmensas riquezas; enervados entonces por la opulencia, diezmados por el contagio, divididos por las disensiones suscitadas entre Pelagio y Juan de Briena, iba todo de mal en peor, á pesar de los continuos socorros enviados por los príncipes de Europa, y especialmente por el papa. A despecho del rey de Jerusalem y de todo el que tenía algun conocimiento de la guerra y del país, ordenó Pelagio que avanzara todo el ejército sobre el Cairo; pero vergonzosas derrotas probaron cuánta razón tenían los primeros. Reducidos á todas las angustias del hambre, tuvieron que resignarse los cruzados á concluir con los musulmanes una paz de ocho años.

El rey, el legado, Luis, duque de Baviera

muchos prelados quedaron en calidad de rehenes hasta la restitucion de Damietta.

Como el rey se hallaba sentado enfrente del sultan, prorumpió de repente en llanto, y habiéndole preguntado el sultan por qué lloraba de aquel modo: *Motivo tengo para ello*, respondió, *cuando veo al pueblo, confiado por Dios á nuestros cuidados, perecer en medio de las aguas y atormentado por el hambre*. Enternecido de su pesadumbre, el sultan lloró igualmente; luego envió por tres días consecutivos treinta mil panes para los pobres y los ancianos.

Retiráronse, pues, los cruzados, después de crueles padecimientos y sin ningun resultado; quejábanse en alta voz los de Palestina del cardenal Pelagio, y el papa imputaba todo el mal á las dilaciones de Federico, quien renovó entonces la promesa de cruzarse. A fin de acelerar la nueva expedicion, el gran maestre de los templarios, los de los hospitalarios y caballeros teutónicos, el patriarca de Jerusalem y el mismo rey, se dirigieron á Italia y se avistaron en Verona con Federico. No sólo se manifestó propicio á cumplir su promesa, sino que, casándose con Yolanda, hija de Juan de Briena, se obligó á defender como sus propios bienes el reino de Jerusalem, de que debía ser heredero. Briena recorrió los demás estados de Europa para reclamar socorros, mientras Federico hacia equipar naves en Sicilia, renovaba sus promesas, exhortaba al papa á hacer todos sus esfuerzos para afianzar la paz, y enviaba á los diferentes príncipes caballeros de una de las tres órdenes religiosas. Desolada Palestina, aguardaba á Federico *como en otro tiempo habían aguardado los santos al Mesías salvador del mundo*. Hasta la reina de Georgia escribía al papa que sus pueblos belicosos ardían en deseos de unirse á los cruzados para vengar los ultrajes hechos á la ciudad de Dios.

La primavera de 1225 era el término fijado para la partida; pero nuevamente halló Federico razones ó pretextos para prorogarla. Después aspiró al título de rey de Jerusalem con detrimento de Juan de Briena. ¿Cómo habían de ser todavía oídos los predicadores, cuando se descubría á las claras la deslealtad de los jefes? Durante este tiempo se ocupaban los soberanos en arrancar á los barones las diseminadas porciones de la autoridad real; pensaban

las ciudades en consolidar sus antiguas franquicias y en adquirir otras nuevas, ó en hacerse entre sí la guerra; el emperador abrigaba proyectos ambiciosos. Ahora bien, seguía siendo objeto de la alteracion general la cruzada; pero nadie se ponía en movimiento, salvo quizá algun peregrino ó algun caballero aislado, que iba devotamente á cumplir un voto.

Federico se vió más vivamente estimulado por Gregorio IX, «colocado por Dios en este mundo como un querubín armado con la espada, para enseñar á los hombres descarriados la senda del árbol de la vida.» Viendo al fin este príncipe que no había medio de imaginar más dilaciones, se embarcó en Brindis. Pero apenas habían trascurrido tres días, cuando volvió á saltar á tierra, alegando la enfermedad de que él y otros se sentían atacados.

El pontífice perdió la paciencia y le excomulgó, denunciándole á toda Europa como infiel y perjuro, como autor de la muerte de Yolanda, y de los cruzados á quienes el hambre y la sed habían hecho sucumbir en la Pulla. Federico respondió al pontífice con no menos coraje, y durante estas recriminaciones, vana e imploraba auxilios Palestina, porque nadie llegaba á socorrerla.

Venturosamente estalló la discordia entre el sultan de Damasco y el del Cairo. El primero pidió ayuda á Djelal-Eddin, príncipe poderoso del Kharism; el otro aspiró á conciliarse á Federico, enviándole presentes con la promesa de entregarle Jerusalem, si pasaba á Oriente. Acordadas sus estipulaciones, Federico se aprestó seriamente esta vez á marchar con direccion á Palestina, intentando satisfacer al papa y desarmar á su suegro Juan de Briena, que se disponía á recuperar el título de rey de Jerusalem. Habiendo convocado á una porción de gentes en la llanura de Barletta, apareció allí sobre un elevado trono, en toda la majestad imperial, con la cruz de peregrino; y después de haber anunciado su partida y leído públicamente su testamento, hizo jurar su ejecucion á los barones, para el caso de que muriera en el viaje.

Una cruzada guiada por un excomulgado, pareció espectáculo escandaloso á Gregorio IX, quien miró también como imprudente emprenderla con veinte galeras y seiscientos caballeros solamente; esto equivalía á armar como cor-

sario más bien que como emperador. Federico no respondió nada, y siguió su camino. Entonces, irritado el papa, interrumpió la canonización del seráfico San Francisco para fulminar nuevas maldiciones contra Federico.

El emperador era acogido en Siria como un salvador (1228), cuando dos religiosos franciscanos anunciaron la excomunión nuevamente fulminada, lo cual le quitó la confianza y el respeto. Habiéndose dirigido Melek-Kamel desde el Cairo hacia Damasco, con intención de aprovecharse de la muerte de su hermano para apoderarse de esta ciudad, Federico le envió diputados recordándole sus estipulaciones. Como ambos necesitaban grandemente de la paz, trascurrió toda la campaña en negociaciones, como en una guerra moderna; y estas negociaciones fueron rodeadas de misterio, según costumbre, lo cual hacía murmurar igualmente á los musulmanes y á los cristianos, á quienes inquietaban é irritaban estas amigables relaciones. Melek hizo regalo á Federico de un elefante, de muchos camellos y de las más raras producciones de la India, de Arabia y de Egipto, por último, de una tropa de bailarines y de cantatrices; esto fué para los musulmanes motivo de censura, y de escándalo para los cristianos. Finalmente, el soldan y el emperador celebraron una tregua de diez años bajo las condiciones siguientes: entrega de Jerusalem, de Bethleem, de Nazareth y de Thoron á Federico, con todo el territorio comprendido entre San Juan de Acre, Tiro y Sidon, es decir, todo el reino de Jerusalem, poco más ó menos; los musulmanes conservaban sus mezquitas y el libre ejercicio de su culto; restituiáse mutuamente los prisioneros, y Federico se comprometía á apartar á los francos de todo acto hostil contra los egipcios.

Este tratado pareció impío en ambas religiones (1229); protestando los imanes y los cadis contra la cesión de la *ciudad del Profeta*, apelaron al califa de Bagdad; é indignados los obispos de ver confundidos los dos cultos, apelaron al pontífice de Roma. El sultan de Damasco no quiso reconocer el pacto; el patriarca de Jerusalem puso en entredicho los lugares recuperados. De consiguiente Federico hizo su entrada en Jerusalem (17 de Marzo), acompañado sólo de sus barones alemanes, y de los

caballeros teutónicos. Halló la iglesia del Santo Sepulcro enlutada, abandonada por los sacerdotes; tuvo que poner con sus propias manos la corona imperial sobre su cabeza.

Vencedor y objeto de odio no obstante, abandonó á Jerusalem, donde no pudo lograr obediencia, ni aún enfurciéndose contra los ciudadanos, dando de golpes á los frailes, y poniendo embarazos á los templarios y á los peregrinos que habian acudido á la Semana Santa. Respirando cólera y venganza, volvió á ganar su reino de Sicilia, perseguido por las amenazas de los parciales del pontífice. Su partida fué no ménos festejada que lo habia sido su llegada; y no sin razón le echaban en cara las personas sensatas no haber hecho nada por asegurar la conservación de lo que habia adquirido.

De consiguiente pensó el papa en otra cruzada; y á fin de convertir la Siria y Egipto, envió una misión pacífica de religiosos, á quienes entregó cartas de su puño para el califa de Bagdad, el sultan de Damasco y los principales musulmanes. Al mismo tiempo hacia predicar la paz en Oriente, y exhortaba á todos los fieles á pagar un dinero por semana; lo cual debía bastar para el sostenimiento del ejército durante diez años. Dedicáronse los dominicos y los franciscanos á esta doble tarea, aunque no salieron más aiosos en Europa que Oriente. Tibaldo V, conde de Champaña y rey de Navarra, no ménos hábil trovador que valiente caballero, excitó con sus canciones á la cruzada (1239); y muchos adalides se dispusieron acompañarle en la expedición que debía tener por jefe á Federico, reconciliado con el papa. Habíanse reunido en Lyon cuando les hizo saber el pontífice que se habian suscitado entre él y el emperador nuevas disensiones, por lo cual les intimaba separarse. Algunos obedecieron, otros se embarcaron en Marsella, y de este número era el rey de Navarra. Llegados á Palestina rompieron la tregua y se adelantaron desde Jafa hasta Ascalon, si bien fueron sorprendidos en la travesía y puestos en derrota (13 de Noviembre.)

Habian tomado parte los cristianos en la guerra civil sobrevenida entre el soldan del Cairo y el de Damasco; los templarios por el primero, por el segundo los hospitalarios, ope-

niendo la cruz á la cruz en querellas de paganos, hasta el momento en que recuperó á Jerusalem el soberano de Damasco. Nuevos cruzados habian llegado de Inglaterra y de otras partes, bastantes numerosos para turbar la paz, si bien no para alcanzar la victoria. ¿Y cómo hubieran podido conseguirlo cuando ardía Europa en sus disensiones interiores? ¿Cuándo en el mismo instante era proclamada la cruzada contra los herejes del Languecoc, contra el emperador excomulgado, contra los idólatras de la Prusia, y contra los mahometanos de Oriente?

Rodolfo de Cœuvres, se presentó un instante como pretendiente al reino de Jerusalem (1240), y obtuvo efectivamente el gobierno; pero renunció en breve á esta dignidad vana y peligrosa. Ricardo, conde de Cornuailles, sobrino de aquel Corazon de Leon, cuyo nombre inspiraba todavía espanto á los musulmanes, se encaminó á Palestina con dinero y tropas; pero no pudiendo lograr extinguir la guerra á muerte que se hacian las dos órdenes rivales, se limitó á celebrar con los Ayubitas un tratado por el cual se restituyeron á los cristianos Jerusalem, Ascalon y Tiberiada.

No se hallaba en condiciones ménos deplorables el reino de Constantinopla (1216). Pedro de Courtenay, príncipe de la casa real de Francia, llamado para suceder á Enrique de Flandes, fué sorprendido en el camino y asesinado de orden de Teodoro Comneno, príncipe de Epiro (1219). Vencido Roberto, su hijo, en una batalla, por Vatacio de Láscaris, perdió todas las provincias situadas más allá del Bósforo y del Helesponto, al mismo tiempo que por el príncipe de Epiro le eran arrebatadas la Tesalia y una parte de la Tracia (1221). Habia llegado, pues, el enemigo, á acampar bajo los muros de Constantinopla. Hasta habian cesado de respetar á Roberto sus súbditos. Como habia contraído matrimonio con una jóven ya prometida á un caballero borgoñon, éste asaltó el palacio imperial una noche, se llevó la esposa del príncipe y su madre. ahogó á ésta y cortó á la otra la nariz y los labios; atentado que afectó tanto al emperador que murió de pesadumbre.

Balduino II, todavía niño, sucedió á su hermano (1226). Juan de Briena, su tutor, antiguo rey de Jerusalem, fué quien impidió la caída

del imperio latino. Ya los griegos y los búlgaros habian penetrado en el puerto de Constantinopla, y se aprestaban á escalar los muros, cuando cayó sobre ellos y los puso en derrota. Supo desalentarlos con maravillosas victorias; pero no hubieran bastado á remediar tanto decaimiento de fuerzas, si los búlgaros no se hubieran hecho enemigo el rey de Nicea. Sea como quiera, Juan de Briena rayaba en la edad de ochenta y nueve años, sustentando con su valor heróico un Estado que amenazaba ruina, y pudo preveer al morir bajo el humilde hábito de franciscano, que nada quedaria á sus sucesores.

Balduino, de quien habia sido tutor, y habia llegado á ser su yerno, no pudo recoger los frutos de su victoria; obligado á huir, regresó á Europa á mendigar aquí y allá socorros, y careció de pan frecuentemente. Tal es el estado lamentable á que se hallaban reducidos los cristianos en Oriente, cuando nuevos y más temibles enemigos, los mongoles, llegaron á imprimir una violenta sacudida al mundo civilizado. En breve hablaremos de estos invasores. Aquí nos limitaremos á decir, que ya dimanara de la casualidad ó de un motivo desconocido, no se arrojaron sobre el imperio latino, ni sobre las posesiones de los cristianos de Siria, aunque contribuyeron indirectamente á los nuevos sucesos de que este país fué teatro.

## CAPITULO VIII

### Sétima y octava Cruzada

Habia sido presa la Palestina de nuevas calamidades. En la época de la conquista del Kharizm por los mongoles, libertados de sus flechas los feroces habitantes de esta comarca, se arrojaron sobre el Asia y sobre la Siria bajo las órdenes de Barba-khan, y se entregaron á las atrocidades con que habian visto desolar su patria. Cubiertos de vestiduras y armas de extravagantes formas, recogidas en el camino, se llevaban por delante miles de esclavos, y arastraban en pos de sí largas hileras de carros cargados de botín, no dando cuartel á sus enemigos, ya fuesen cristianos ó musulmanes, y sucumbiendo sin prorumpir en la más leve queja. Vencer ó morir, tal era el grito de guerra de sus jefes.

Aliáronse los príncipes de Siria contra esta